

Hipólito Rodríguez

¿¿Zoociología o Sociobiología??

Sobre la naturaleza humana de Edward O. Wilson, Editorial Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, México, 1980. Primera edición en inglés (*On human nature*) 1979, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

La discusión del tema de la naturaleza humana parece no agotarse nunca. Una y otra vez vuelve a plantearse la posibilidad de construir un modelo teórico que recoja las características constantes y permanentes, inalterables, del género humano. Una y otra vez es derribado el edificio teórico que afirma la presencia de rasgos definitivos en la estructura de los individuos sociales. La naturaleza humana no cesa de convertirse en un motivo recurrente ¿qué es lo que se pone en juego en esta categoría?

Se trata de un viejo concepto que ha tratado de ocupar el sitio que antes ocupaba la idea de esencia humana en la filosofía tradicional, es decir, aquel conjunto de elementos que definen *a priori*, con independencia de la voluntad de los sujetos sociales, la conducta humana. Con ello, se pretende determinar los factores, transhistóricos y transculturales, universales, que explican el comportamiento humano, sin importar circunstancias ni momento. La seducción de una teoría semejante consiste en sugerir que “no hay nada nuevo bajo el sol”, de suerte que no es extraño encontrar actitudes egoístas, apetitos insaciables de poder, tendencias a crear asociaciones o deseos de prestigio en los miembros de una sociedad, puesto que todo ello forma parte “natural” del hombre.

Un concepto de esta naturaleza deja de explicar precisamente lo que debe ser explicado. Por ello, cuando se habla de la naturaleza humana, es preciso tomar en principio una actitud crítica e histórica. En el texto que en esta ocasión reseñamos, se pretende definir las características esenciales del hombre desde una perspectiva científico-natural, como un conjunto de rasgos adquiridos a través de un proceso de selección natural y cuya adquisición ha cristalizado en el cuerpo y se transmite hereditariamente con los genes. Nos hallamos ante una aproximación que explícitamente se plantea la intención de romper las fronteras que hasta hoy han separado a la ciencia de la naturaleza de la ciencia de la sociedad. El argumento central del libro es que la naturaleza humana no es sino una estructura biológica que determina los límites y las tendencias de toda forma social y cultural.

La intención del autor de libro, Edward Wilson, es, sin duda alguna, sumamente audaz. Desde hace muchos años, la crítica de la noción de naturaleza humana se ha enriquecido con el desarrollo de las ciencias sociales. Todas las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo coinciden en aquello que Wilson pretende refutar: "Los escépticos que prefieren una explicación ampliamente ambiental podrán argüir que el comportamiento no es biológico sino resultado de un adiestramiento social" (p. 187). En efecto, tanto el behaviourismo, como el psicoanálisis, el culturalismo y el marxismo, comparten la tesis de que las capacidades intelectuales así como la estructura de las necesidades, la forma de su satisfacción y las formas de conciencia social, son productos de la organización social.

No obstante, Wilson sostiene en su obra que somos seres biológicos, y como tales, debemos ser explicados por medio de la selección natural darwiniana. "Si el cerebro evolucionó por la selección natural, aún las capacidades para seleccionar juicios estéticos y creencias religiosas particulares deben haber surgido por el mismo proceso" (p 14). "La ideología se inclina ante sus amos ocultos, los genes, y ante un examen riguroso los impulsos más elevados parecen metamorfosearse en actividad biológica". (p. 16) "Las creencias son en realidad mecanismos que capacitan para la supervivencia". (p 17).

Si se da crédito a este conjunto de premisas, entonces se estará de acuerdo con el *primer problema* que Wilson ofrece a los lectores: "No tenemos un sitio particular a donde ir. La especie carece de cualquier objeto externo a su propia naturaleza biológica" (p 16). La lógica de este pensamiento nos conduce a reconocer que existe el peligro de "la rápida disolución de los objetivos trascendentales hacia los cuales las sociedades puedan orientar sus energías". "(Esos objetivos sociales se han desvanecido) *para buscar una nueva moral*. . . hay que volver sobre su historia evolucionista". (p 17. subrayado de H. R.).

Así llegamos al *segundo problema*: "la elección que debe hacerse entre las premisas éticas inherentes en la naturaleza biológica del hombre" (p 18). Sin embargo, cabe una pregunta, ¿existen "premisas éticas" en el código biológico? Wilson así lo afirma: "En el cerebro existen censores y motivadores innatos que afectan profunda e inconscientemente nuestras premisas éticas; a partir de estas raíces, la moral surgió como instinto". (p 18).

Según él, la discusión de la idea de la evolución genética de los juicios y disposiciones morales ha tenido una larga historia; Darwin defendió la determinación biológica de la moral frente a adversarios como Jhon Stuart Mill que opinaban que la mente humana se había liberado de los mecanismos de la selección natural. (En este punto quizá convenga recordar que Darwin reconocía los orígenes de sus tesis: "Al leer, por un venturoso azar, el libro de Malthus, *Sobre la población* surgió en mi espíritu el pensamiento de la selección natural" (*Carta a Haeckel del 8 de octubre de 1864*). Otro antecedente de la teoría de Wilson se encuentra en "el más ambicioso evolucionista del s. XIX", Herbert Spencer, quien alegaba la necesidad de un enfoque no kantiano de la moral, suponiendo que el sistema nervioso

había sido modificado para crear ciertas facultades innatas de intuición moral. Por este camino otro autor, Jhon Dewey, llegó a pensar que el darwinismo permitiría plantear una ética científica.

Aquí es donde se encuentra el aspecto más temerario de las tesis de este biólogo norteamericano: "la ciencia tal vez pronto esté en posición de investigar los mismos orígenes y significados de los valores humanos, de los que surgen todos los pronunciamientos éticos y gran parte de la práctica política" (p. 21) Este planteamiento, que posee un fuerte sabor a ciencia ficción, le permite decir a nuestro autor que "en algún momento del futuro", *la ciencia podrá decidir* "lo humano que deseamos permanecer, porque debemos elegir conscientemente entre las guías emocionales alternativas que hemos heredado". (p. 21) A partir de ese momento, *pareciera que la biología desplaza a la política*: "las consecuencias de la historia genética no pueden ser elegidas por las legislaturas" (p. 22); en realidad, nos dice Wilson, "solamente el conocimiento empírico de nuestra naturaleza biológica. . . nos permitirá elegir las mejores opciones entre los diferentes criterios del progreso" (p. 22). Por todas estas razones, la biología es la "*antidisciplina*" de las ciencias sociales.

¿Qué entiende Wilson por Antidisciplina? Con esa palabra, dice, "deseo acentuar la especial relación antagónica que suele existir entre los campos de estudio de niveles contiguos de organización que son los primeros en interactuar" (p. 22) ¿Cuál es ese nivel contiguo de organización donde aparece la "especial relación antagónica" entre biología y ciencia social? "Es la profunda estructura de la naturaleza humana, un fenómeno esencialmente biológico que es también el foco principal de las humanidades" (p. 26).

Wilson proporciona una abundante ilustración de la problemática de la Antidisciplina a través de la exposición de la polémica y la competencia que se establece entre diversas perspectivas científicas al determinar los límites de un objeto teórico. La química ha sido la antidisciplina de muchas ramas de la física y también de la biología molecular; ésta, a su vez, de la fisiología, y así sucesivamente a través de cada nivel de creciente complejidad, surge un punto de especificación conflictiva. En el caso que nos ocupa, la relación entre ciencia natural y social, Wilson opina que la relación de exclusión dominante hasta el día de hoy entre ambas desaparecerá: "finalmente se unirán las dos cultura de la vida intelectual occidental". ¿Por qué?

Porque el materialismo científico somete a todo objeto de estudio a un proceso de reconstrucción de su complejidad, supeditando los niveles superiores a las leyes de movimiento de los niveles más bajos. Sin embargo, el método de reducción de un todo complejo a principios simples encuentra resistencias en su aplicación: "Si la conducta humana puede reducirse y determinarse en gran medida por medio de las leyes de la biología, entonces la humanidad podría parecer menos que única y hasta ese punto deshumanizada". (p. 30) Wilson piensa que pocos científicos sociales están dispuestos a entrar en esa conspiración y, menos aún, a ceder parte de su territorio, pero "la biología es la clave de la naturaleza

humana y los científicos sociales no pueden permitirse ignorar sus rápidamente establecidos principios". (p. 30).

Sin embargo, el lector puede preguntarse si puede hablarse de una continuidad de principios que determinen el comportamiento humano y el comportamiento animal; es decir, si las relaciones sociales no son un fenómeno exclusivamente humano, sino universal, presente en otras formas de vida biológica. Wilson piensa que sí y afirma que en ello consiste la *Sociobiología*: "es el estudio sistemático de la base biológica de todas las formas de conducta social, en todo tipo de organismos, incluido el hombre". (p. 32) A su modo de ver, ese tipo de organismos representan los tres pináculos de la evolución: corales, briozorios y otras formas de invertebrados que forman colonias; los insectos sociales (hormigas, abejas, avispas, termites); y los peces, aves y mamíferos sociales. Desde 1971, cuando escribió *The insect societies*, el autor, "incapaz de resistir la retórica de su propio planteamiento", se ha empeñado en demostrar que "los principios biológicos que ahora parecen funcionar razonablemente bien para los animales en general, pueden extenderse satisfactoriamente a las ciencias sociales" (p. 9), como resultado de lo cual apareció su segundo libro: *Sociobiology: the new synthesis* (1975).

Esta nueva disciplina —"que es simplemente la extensión de la biología de la población y la teoría evolucionista de la organización social"— obtiene la mayor parte de su información básica y algunas de sus ideas más vitales de la etiología que, desde hace mucho tiempo, estudia los patrones generales de conducta de los organismos en condiciones naturales. En particular, constituye la principal fuente teórica de este texto en lo que toca a "los patrones humanos de acción fija", determinados por estructuras innatas presumiblemente codificadas en el sistema nervioso. Ahora bien, ¿qué es lo novedoso de la sociobiología? "Es la manera en que extrae los hechos más importantes acerca de la organización social de su matriz tradicional de etología y psicología y los reordena sobre una base de ecología y genética estudiadas a nivel de población para demostrar cómo los grupos sociales se adaptan al medio ambiente por medio de la evolución" (p. 33). Sobre estos supuestos, la sociobiología considera al hombre de un modo curioso, "a través del extremo opuesto de un telescopio, a una distancia mayor que la habitual y temporalmente disminuido de tamaño", con el fin de observar sus características en relación a otras especies sociales.

Para la Sociobiología esta visión macroscópica confiere ciertas ventajas sobre el *antropocentrismo* tradicional de las ciencias sociales: todas las versiones de la conducta social humana forman, desde esta perspectiva, una *diminuta fracción* de los tipos de organización social adoptados por las especies de este planeta. Todo ello permitiría apreciar la *importancia del código genético* en la constitución de la conducta humana. "La evolución no ha hecho todopoderosa a la cultura"; ésta es sólo un aspecto relativo: "es un concepto erróneo entre muchos de los marxistas más tradicionales, algunos teóricos de la enseñanza y una sorprendente proporción de antropólogos y sociólogos, que la conducta social puede modelarse virtual

mente en cualquier forma” (p. 35) A juicio de Wilson existen ahora pruebas decisivas que muestran la presencia de un gran componente hereditario en la determinación de la conducta humana, lo cual relativiza la importancia del medio ambiente cultural.

El autor reconoce que si bien los seres humanos parecen haber cedido la supremacía en su evolución a un agente superorgánico o no biológico enteramente nuevo, la cultura, no debe olvidarse que este agente depende del *genotipo* humano. Esta tesis le induce a pensar que “si la gente de algún modo fuera criada desde el momento del nacimiento en un medio ambiente desprovisto de la mayoría de la influencia cultural, ellos construirían los elementos básicos de la vida social humana *ab initio*”. (p. 43) Suponiendo una situación experimental en la que un conjunto de niños son privados de toda relación social, ¿aprenderían a hablar, a pesar de su aislamiento? “no dudo que podrían hablar. . . Pero diré algo más. Si nuestros nuevos Adán y Eva sobrevivieran y tuvieran descendencia, finalmente producirían una sociedad y tendrían leyes sobre la propiedad, reglas sobre el incesto y el matrimonio, usos de tabú. . . una industria de fabricación de herramientas y armas, mitos y leyendas, bailes, adulterio y en diversa medida homicidio, suicidio, homosexualidad, esquizofrenia, psicosis y neurosis, y personas que se aprovecharían de estas manifestaciones o las curarían. . .” (Robin Fox, citado en las pp. 43, 44). A renglón seguido Wilson dice: “No solamente son los rasgos básicos de la conducta social humana tercamente idiosincráticos, sino que, hasta el grado limitado en que pueden compararse con aquellos de los animales, tienen semejanza con la mayoría de todos los repertorios de otros mamíferos y principalmente de otros primates”.

Sin embargo, en un libro escrito en 1964, Lucien Malson se dedicó a investigar lo que acontecía con los niños que se han visto realmente privados demasiado temprano de todo comercio social (*Los niños selváticos*, Alianza editorial número 483) y observaba que, en su abandono, quedaban desarmados hasta el extremo de parecer animales ínfimos; en lugar de un estado de naturaleza en que se dejasen reconocer el “homo sapiens” y el “homo faber” en su momento más rudimentario, no nos es dado en ellos más que una condición aberrante. “El secreto de ello es que el comportamiento humano no debe a la herencia de la especie lo que le debe el animal: el sistema de necesidades y de funciones biológicas que al nacer le es transmitido por el genotipo entronca al hombre con todo ser animado, sin caracterizarlo, sin designarlo como miembro de la especie humana; pero, en compensación, justamente esta ausencia de determinaciones particulares viene a equivaler a la presencia de posibilidades indefinidas; la existencia cerrada, rígida y reglamentada por una *naturaleza innata*, se verá sustituida por la existencia abierta, creadora y organizada de una naturaleza adquirida”. (p. 10).

No obstante, habría que reconocer el grano de verdad existente en la teoría de Wilson: cada acto singular de actividad humana supone la pre-existencia de una necesidad constitutiva, determinante de la actividad. El primer punto de partida histórico, el presupuesto de todo comportamien-

to humano, es el conjunto originario de necesidades biológicas del hombre. Sin embargo, una gran ausencia en el libro de Wilson es el *concepto de trabajo*: no se puede entender la actividad social del trabajo como una actividad de satisfacción de necesidades naturales eternamente inmutadas. Las necesidades que efectivamente determinan la conducta humana no son las necesidades originarias en su crudeza natural, sino las necesidades generadas por la propia actividad productiva humana. Además, existen nuevas necesidades que no se pueden considerar ya como simples humanizaciones de la necesidad biológica. Algunas de estas necesidades, que no forman parte del código biológico, se presentan no obstante en todas las formaciones sociales, como es el caso del arte y la religión.

Sin embargo, Wilson afirma que la conducta social humana esta organizada por ciertos genes que compartimos con las especies más próximas a nosotros, como es el caso de los primates. Después de exponer numerosos ejemplos del comportamiento "humanoide" de los chimpancés —el caso más interesante es la fabricación de ciertos instrumentos—, el autor nos dice: "Los mismos hechos son desfavorables para la hipótesis competidora que ha dominado las ciencias sociales durante generaciones, que la humanidad ha escapado de sus propios genes hasta el extremo de estar totalmente ligada a la cultura". (p. 55) El núcleo de la hipótesis genética es la proposición, derivada en línea directa de la teoría evolucionista neodarwinista, de que los rasgos de la naturaleza humana han sido determinados por la selección natural: "Si la posición de ciertos genes predispone a los individuos hacia un rasgo particular, digamos un cierto tipo de respuesta social, y el rasgo a su vez confiere una capacidad superior, los genes ganarán una mayor representación en la siguiente generación" (p. 56).

Es posible decir que este argumento puede favorecer tendencias conservadoras sobre la naturaleza humana: "Se puede afirmar con certeza que la mayor parte de la evolución genética de la conducta social humana ocurrió durante los cinco millones de años anteriores a la civilización, cuando la especie consistía de pequeñas poblaciones de cazadores recolectores relativamente inmóviles". En estas circunstancias, la hipótesis competidora no dispone de más tiempo: "la mayor parte de la evolución cultural ha ocurrido desde el origen de la agricultura y las ciudades hace aproximadamente 10 mil años". Así, la cultura se encontró con una naturaleza ya constituida y aunque durante su breve dominio histórico "tuvo lugar algún tipo de evolución genética, no puede haber conformado sino una diminuta fracción de los rasgos de la naturaleza humana" (p. 57).

Esto es lo que constituye el nervio de la obra de Edward Wilson y a él se supeditan los restantes capítulos de su libro; según sus propias palabras, "nuestro enfoque se centrará en el buen ajuste de la conducta social humana a la teoría sociobiológica, y en los *testimonios de coerción genética observados en la fuerza y en la naturaleza automática de las predisposiciones que muestran los seres humanos al seguir esta conducta*". (p. 56, subrayado H.R.).

En la demostración de esta hipótesis, el texto se organiza en 6 capítu-

los o temas de análisis: desarrollo, surgimiento, agresión, sexo, altruismo y religión. En cada página, la bibliografía, muy abundante, parece salida de un cuento de Borges, pues tan extraordinaria erudición permitiría citar textos jamás escritos o inventar autoridades que sólo porque él las nombra son dignas de crédito. Esta observación nos permite señalar que la sociobiología tal y como es expuesta por Wilson pertenece a un ámbito cultural extraño a nosotros; nuestra cultura aún no ha desplazado el pensamiento humanista del terreno de las ciencias sociales, ni tampoco muestra la misma actitud respecto del marxismo y la antropología.

Para el autor, gran parte de la lucha intelectual y política contemporánea se debe al conflicto entre tres grandes mitologías: el marxismo, la religión tradicional y el materialismo científico.

“Todavía los puristas consideran al marxismo como una forma de materialismo científico, pero no lo es. Se supone que la percepción de la historia como una inevitable lucha de clases que dará lugar al surgimiento de una sociedad igualitaria con un gobierno leve en la que la producción esté bajo control de los trabajadores está basada en una comprensión de las fuerzas subterráneas del proceso económico puro. De hecho, está igualmente basada en una interpretación imprecisa de la naturaleza humana. Marx, Engels y todos los discípulos. . . han operado sobre un conjunto de grandes premisas ocultas acerca de los deseos profundos de los seres humanos y el grado en el cual la conducta humana puede ser conformada por los medios ambientes sociales. Nunca se han sometido a prueba estas premisas. Hasta el punto en que se les puede explicar, son inadecuadas o simplemente están equivocadas” (p. 266-7).

Pero si el marxismo está equivocado en sus premisas, la religión en cambio no lo está y el sociobiólogo escribe para demostrarlo: “Pero si el marxismo es solamente un producto imperfecto del materialismo científico; un sátrapa fracasado por decirlo así, la religión tradicional no lo es. Al proceder la ciencia a dismantelar las antiguas historias míticas una por una, la teología retrocede hacia el baluarte final del cual nunca puede ser expulsado. Esta es la idea de dios en el mito de la creación” (p. 268) Huelga decir que si Darwin leyera algo semejante, encontraría irreconocible su propia teoría. En el fondo, las últimas páginas de *Sobre la naturaleza humana* son un alegato antimarxista que carece de la más mínima base científica y que despoja de todo carácter objetivo a la sociobiología:

“El marxismo es una sociobiología sin biología. La oposición más vigorosa al estudio científico de la naturaleza humana ha venido de un pequeño número de biólogos y de antropólogos marxistas que están comprometidos con la opinión de que la conducta humana surge de unos cuantos impulsos no estructurados”. (p. 267) Pero, por fortuna, “ahora está mortalmente amenazado por los descubrimientos de la sociobiología humana” (p. 267).

La edición consta de seis mil ejemplares y esperamos que el Fondo de Cultura Económica haga llegar a los biólogos algún número de ellos para conocer su opinión.

Hipólito Rodríguez